

COMISIÓN DE MONUMENTOS DE GUIPUZCOA**VELADA EN HONOR DE COLÓN**

DISCURSO DEL SR. D. JESÚS MARÍA V. DE ECHEVERRÍA

SEÑORES:

Honra inmerecida es para mí, la que me dispensa esta ilustre Comisión de Monumentos históricos y artísticos de Guipúzcoa y muy en particular su dignísimo Presidente, al invitarme á tomar parte en esta fiesta literaria.

Bien quisiera corresponder á tan honrosa distinción con un trabajo digno del acontecimiento que se conmemora y de la ilustración y el saber de todos los aquí reunidos; pero para eso fueran precisos más tiempo que el escasísimo de que he podido disponer, y dotes y conocimientos de que carezco y que la Comisión hubiera encontrado en cualquiera de mis dignísimos hermanos en el sacerdocio.

Habré de empezar, pues, recomendándome á vuestra benevolencia, que la indulgencia en la crítica de ajenos trabajos es indicio cierto de nobleza de corazón, cualidad que todos poseéis en alto grado.

Anímame, además, en mi empresa el entusiasmo de que á todos os veo poseídos, para conmemorar la gloriosa fecha del descubrimiento del Nuevo Mundo.

¡Colón! ¡El descubrimiento de un Nuevo Mundo! ¡Qué nombre y qué suceso tan dignos del amor y de la veneración de los españoles!

¡Qué ideas veo surgir en mi mente, con solo pronunciar aquel nombre y recordar este suceso!

Todo el que siente latir en su pecho un corazón cristiano y español, ante el recuerdo de sucesos como el que hoy conmemoramos, se remonta con su memoria a aquellos gloriosos días de nuestra historia, en que el brillo de las armas españolas infundía pavor y espanto a sus enemigos; en que las hazañas legendarias de nuestros héroes eran objeto de admiración para todas las gentes, en que los plectros de oro de nuestros poetas y literatos lanzaban cánticos dulces y armoniosos que embellecían el cielo siempre hermoso de nuestra literatura; en que los sabios de nuestras Universidades señalaban el rumbo que habían de seguir las ciencias; en que la Corte de nuestros Reyes era asiento de todas las virtudes y espejo de la verdadera nobleza; en que los moradores de nuestros conventos con las calladas victorias de la oración y de la penitencia alcanzaban un lugar preeminente en los altares; á aquellos días, en una palabra, en que España, vestida de todas las grandezas y magnificencias de que es capaz el genio del hombre, se levantaba poderosa y fuerte sobre el trono que le habían labrado las virtudes y el heroísmo de sus hijos.

Mi alma se complace en estos días, y creo que lo mismo sucederá á los demás españoles, en recordar la historia de Colón y en recorrer con la imaginación los lugares todos por donde anduvo en nuestra España.

Yo le veo afligido bajo el peso de crueles penas ocasionadas por los desprecios, que en varias Cortes recibiera, detenerse ante las puertas del convento de la Rábida y llamar á ellas con mano temblorosa, para pedir un pedazo de pan con que saciar el hambre de su hijo Diego.

¡Qué contrastes suelen ofrecer frecuentemente las vidas de los grandes hombres! ¡Hé aquí uno, que iba ofreciendo un mundo lleno de riquezas, á quien quisiera prestarle apoyo, mendigando las migajas de pan sobrantes en la pobre mesa de un convento!

Yo le sigo por los silenciosos claustros del convento hasta la celda en que Fr. Juan Perez y Fr. Antonio de Marchena escuchan mudos de asombro sus vastos planes y le prometen su decidido y eficaz apoyo.

Yo le contemplo en el convento de San Esteban de Salamanca, ora departiendo con otro genio, con Fr. Diego de Deza, sabio teólogo y cosmógrafo, que comprende perfectamente todos sus planes; ora ante

la comisión de sabios, que, contra lo que se ha dicho y creído generalmente, le fueron favorables, gracias á la influencia que el mismo Deza ejercía sobre ellos.

Yo penetro en el lugar en que otra Junta de cortesanos, presidida por el Prior del Prado, le contradice y pone á prueba su paciencia y humildad.

Yo le sigo en los siete años de penosa peregrinación que hizo por España, corriendo de la Rábida á la Corte, de la Corte á San Esteban, de San Esteban á Valcuevo, de Valcuevo á la Comisión, de la Comisión al Consejo, del Consejo a la triste soledad, en que devora sus penas; llevando á todas partes sus grandes y levantados pensamientos, sus temores y esperanzas, sus amarguras y desengaños, la postración, que le causan las repulsas de sus adversarios, y el aliento que le infunden sus incansables defensores.

Yo le contemplo postrado ante aquella magnánima Reina, honor de España y de su sexo, tan esforzada en arrostrar los azares y peligros de la guerra, como generosa en prestar su apoyo á toda obra grande y útil, en el momento en que, lleno de reconocimiento, se despide de ella para emprender su viaje á través de los mares.

Yo le veo finalmente partir lleno de esperanza y consuelo del puerto de Palos y dirigir una mirada de ternura y agradecimiento hácia el noble suelo en que dejó á su queridísimo hijo Diego y que le ha proporcionado los medios necesarios para realizar su grandioso pensamiento.

Mas mi fantasía no se detiene aquí, vuela más allá, siguiendo el curso de las célebres carabelas.

Permitidme que os presente de nuevo á Colón en el momento más grande y glorioso de su vida; permitidme que os lo presente, cuando embargado su ánimo por la emoción y derramando lágrimas de alegría, lágrimas, que le descargaban el corazón del peso con que tantas amarguras, tantas penas y sinsabores le habian oprimido hasta entonces, pisa por primera vez tierra americana.

Permitidme que os recuerde que el primer hecho suyo en momento tan solemne fué el de erigir la Cruz de Cristo sobre aquel suelo y entonar postrado de hinojos aquel cántico de alabanza al Señor, cuyas primeras palabras nos ha conservado la historia.

Hé aquí, señores, un hecho que ilumina con purísimos resplandores la gloriosa carrera recorrida por Colón. Hé aquí un hecho, que ex-

plica á dónde se encaminaban los pensamientos de aquel gran genio, cuáles eran sus fines y propósitos, cuál era el mensaje, la buena nueva, que quería llevar á aquellas ignoradas regiones.

Ese hecho demuestra cuán sinceras eran las palabras de Colón cuando aseguraba, que el fin principal, que se proponía en su empresa, era llevar la luz del Evangelio á países que aún permanecían envueltos en las negras sombras de la idolatría.

Ese hecho demuestra, con cuánta exactitud ha podido decir el Romano Pontífice en su sapientísima Encíclica del 16 de Julio, «que consta que el principal pensamiento y el principal propósito que estaba arraigado en el alma de Colón era este: abrir camino al Evangelio por nuevas tierras y nuevos mares.»

Cristóbal Colón quería ante todo plantar la Cruz en las nuevas tierras que encontró; quería que se derramaran por aquellos países los beneficios infinitos de la Redención; quería que la civilización cristiana, que había purificado las leyes, los organismos y los miembros corrompidos del imperio pagano, restaurándolo y ennobleciéndolo, que había amansado la fiera de tribus salvajes, constituyendo con ellas nacionalidades fuertes y vigorosas, que había encauzado el entendimiento humano por la verdadera senda del progreso, de modo tal, que había de remontarse á las mayores alturas, sacara también á las tribus americanas del estado de abatimiento y postración, en que como los demás pueblos idólatras habían caído.

En suma quería, que los americanos, arrojando lejos de sí los miserables harapos de la idolatría y del pecado, vistieran el manto de púrpura de la realeza cristiana.

Hé aquí, señores, el aspecto más grande, que ofrece á los ojos del observador atento el descubrimiento de América y su efecto más admirable.

No negaré, ni puedo negar, la influencia grande, que en otros órdenes del saber y de la vida humana ejerció el descubrimiento de América, los nuevos horizontes que para las ciencias naturales, para la Geografía, la Historia, la Etnografía, la Filología, la Medicina y otras más se abrieron con este hecho, pero sí diré que todos esos efectos palidecen al lado de las consecuencias que trajo en el orden religioso.

Teológicamente considerado este hecho vino á ser, en primer lugar, el cumplimiento de aquella profecía según la que todos los términos de la tierra se habían de convertir al verdadero Dios y ado-

rar su Santo Nombre y de aquella otra en que Jesu-Cristo anunciaba, que cuando fuese elevado en la Cruz había de traer á los pueblos á su conocimiento y adoración.

Por este hecho la Iglesia de Jesu-Cristo tomó posesión de aquellos países, que por derecho le correspondían según aquellas otras palabras: «id y enseñad á todas las gentes; enseñad el Evangelio á toda criatura.»

Más aún, señores. Por el estudio detenido de las ideas religiosas de aquellos pueblos americanos se ha venido en conocimiento de que se conservaba entre ellos el recuerdo de la caída del primer hombre. Ahí están los estudios de Humboldt sobre las primitivas tradiciones de los mejicanos, que así lo demuestran; ahí está otro testimonio en el monumento descubierto en Pensilvania y analizado y descrito minuciosamente por los Anales de Literatura y Artes de París. Pero al lado de este recuerdo corría paralelamente una esperanza, la esperanza en una futura Redención. Los mejicanos esperaban, que por el triunfo de *Centeoldt* sobre los demás dioses, serían abolidos los sacrificios humanos y sustituidos por inocentes ofrendas. Análogas tradiciones se conservaban entre los *Salivas* y otras tribus, algunas de las cuales esperaban que la Redención había de venir de una tierra que estaba más allá de los mares.

Y esta Redención llegó allá, y fué llevada por Colón con cuyo feliz arribo á aquellas costas tuvieron cumplimiento á la vez las profecías del Cristianismo y las esperanzas de los americanos, que estaban tan profundamente grabadas en su corazón, que con ser ellas hijas de la primitiva revelación, se conservaron sin embargo, bien que desfiguradas, á través de tantos siglos y vicisitudes en aquellas remotas regiones apartadas por tanto tiempo del trato con las gentes del mundo antiguo.

Por otra parte considerad el estado de degradación religiosa y moral de aquellos pueblos antes del descubrimiento. Quince siglos hacía, que la más pura é inocente de las víctimas, el mismo Hijo de Dios se había ofrecido en sacrificio por los pecados de los hombres en Jerusalén. Los pueblos del antiguo continente, en más ó menos grado, se habían apresurado á buscar al pié de la Cruz perdón para sus culpas y los eternos resplandores de la sabiduría divina para su entendimiento ansioso de conocer la verdad.

Mientras tanto el hombre en América recorría errante las frondo-

sas selvas, profesando crasísimos errores religiosos, practicando un culto cruel y sanguinario y una moral relajada, formando parte de una familia desnaturalizada por la poligamia; arrastrando la vida miserable del que no conoce al verdadero Dios ni los caminos establecidos por la Providencia para la rehabilitación.

Los pueblos del antiguo continente habían acudido al llamamiento que el Cristianismo hizo al hombre en su memorable Pentecostés, para volver á la unidad humana, rota desde la confusión de lenguas é imposible de realizarse en el paganismo por los odios profundos de religión y raza, que engendra. La fe cristiana, difundiénndose rápidamente de pueblo en pueblo, de nación en nación, sin reconocer obstáculos ni barreras, había ido reuniendo en una sola gran familia con un solo Padre, un solo dogma, un solo culto, una sola moral, un solo lenguaje cristiano, á todos los hombres, á todos los pueblos.

Ideal grande de la Historia, al cual se acerca la humanidad tanto más cuanto más se somete á la fe.

Los americanos eran ajenos á esta gran corriente de atracción; los americanos permanecían apartados, desgajados del gran tronco de la humanidad, que cada vez estudiaba más sus lazos, y conservaban en su seno el principio funesto, que los fraccionaba y dividía en razas y tribus enemigas y rivales.

Pero llegó un día en que la Providencia se apiadó de aquellos desgraciados y no quiso que por más tiempo ignoraran el cántico, que los mensajeros celestiales habían entonado sobre el miserable albergue en que tuvo lugar el acontecimiento más grande, que jamás vieron los siglos; llegó un día en que Colón atravesando audaz y atrevido el *mar tenebroso* arribó allá y plantó la Cruz y en aquel momento auras celestiales envolvieron aquella tierra, los caudalosos rios de la Redención empezaron á lavar las manchas del pecado en aquellos pueblos, la idolatría empezó á huir, el culto á santificarse, la moral á elevarse, la familia á cimentarse sobre la única base sólida, que le dió el cristianismo y al calor de estos elementos salvadores, entraron aquellos pueblos en el concierto de la humanidad, en la gran familia cristiana y el hombre americano abiertos sus ojos á la luz de la verdad y depuestos sus odios tendió sus brazos á su hermano el morador del antiguo continente, para presentarse así unidos en estrecho abrazo al común Padre de todos, Dios, que desde las alturas del cielo gobierna el mundo.

(Hay, nada más grande, nada más hermoso, nada más bello, nada

más poético, nada más consolador que este abrazo estrechísimo de dos hombres, de dos pueblos, de dos razas, que siendo hermanas habían vivido por tantos siglos apartadas la una de la otra ignorando su mútua existencia y que ahora volvían á encontrarse para formar una sola gran familia en el seno de la Religión á la sombra de la sacrosanta Cruz?

¡Y con cuánta sabiduría preparó Dios las cosas!

Para empresa tan cristiana buscó un hombre lleno de fe, un hombre de tan arraigados sentimientos cristianos, que todo lo abandonara y renunciara generosamente por obtener la salvación de alguno de los habitantes de la tierra por él descubierta; un hombre en fin, que como buen terciario de S. Francisco invocaba al principiar toda empresa el Santo nombre de Jesu-Cristo, como lo hizo en su diario de navegación.

Pero este hombre era oscuro y desconocido y necesitaba de protección en la Corte y para conseguirla se le asociaron los frailes de la Rábida y de Salamanca. Aquellos religiosos fueron los que le sostuvieron en las horas de decaimiento y desconsuelo é impidieron que también se marchara de España, como se había marchado de otros países, y tales y tan grandes servicios le prestaron, que confesaba él mismo, que los Reyes Católicos debían la América á Fr. Diego de Deza.

Pero ni el oscuro navegante ni los pobres frailes podían nada por sí en empresa de tal magnitud; se necesitaba una nación que la tomase á su cargo. Y esa nación fué nuestra España, la nación más profundamente católica, la nación, que en ocho siglos de continuo pelear contra el mahometismo acababa de purificarse completamente; la nación, que tan llena estaba en aquellos momentos del celo por la fé, que sentía desbordarse al exterior y necesitaba ejercitarla en más vastos y dilatados países.

A la Religión, pues, le corresponde la gloria principal en el descubrimiento de América y por eso ha dicho con verdad el Romano Pontífice en la Encíclica antes mencionada, «que para que las fiestas, que en memoria de Colón se hagan sean dignas y de acuerdo con la verdad, al esplendor de las pompas civiles debe acompañar la santidad de la Religión.»

¡Gloria, pues, á Colón, que llevó los esplendores de la fé y los principios de toda verdadera civilización al Nuevo Mundo!

¡Gloria á Colón, que abrió una nueva era en la Historia, trayendo á la unidad del género humano en la fe cristiana á aquellos pueblos, que vivían olvidados y perdidos en el Continente americano!

¡Bendigan hoy su nombre todos los españoles, todos los cristianos agradecidos á los grandes beneficios que deben á su genio!

¡Gloria á la Religión Católica, que le sostuvo en medio de las duras pruebas á que se vió sometido y le infundió fe y aliento, para realizar su empresa!

¡Gloria á los Reyes Católicos y muy especialmente á la gran Isabel, que tan generosa ayuda le prestó!

¡Gloria á las órdenes religiosas de S. Francisco y Sto. Domingo cuyos esclarecidos hijos Perez, Marchena, Deza y muchos más se constituyeron desde un principio en incansables defensores suyos, le abrieron los caminos de la Corte é impusieron silencio á sus adversarios!

¿Y qué diré de tí, España querida?

Que sea también bendito tu nombre, porque fuiste elegida por Dios, para empresa tan grande.

Hoy te contemplo, con pena, abatido tu vuelo, oscurecidos tus timbres, empobrecidas tus galas.....

¿Es que no hay ya alientos en tu noble pecho?

¿Es que se alejó de tí para siempre aquella raza de sábios y héroes capaces de concebir y realizar inmortales empresas?

La fe, que ilustró la mente de tus sabios y sostuvo el brazo de tus guerreros ahí está dispuesta á servirte nuevamente de guía en los caminos de la gloria y de la prosperidad.

Levanta, pues, de nuevo majestuosa tu vuelo y seguida de todos tus hijos ve á reconquistar el lugar preeminente que en el mundo te corresponde por tu nobleza sin igual y tus hazañas inmortales.—HE DICHO.

JESÚS MARÍA V. DE ECHEVERRÍA, *Pbto.*

